

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES.

SUMARIO.—Fantasías, por don J. M. Marin.—Lejos de tí, poesía, por don Antonio Alcalde Valladares.—Juegos, por don M. J. Ruiz.—En todas partes! poesía, por el mismo.—Pretestos.—Poesía alemana, por don J. Fernandez Matheu.—El rey y el tambor.—Miscelánea.—Charada.

FANTASÍAS, POR J. M. MARIN.

PRIMERA PARTE.

FANTASÍAS CELESTES.

(Continuación.)

II.

El ministro presidente.

—Es una hermosa tarde y en Nápoles.
—Dandolo, el garrido mancebo, con pasos leves, de puntillas, conteniendo la respiración, inquieta la mirada y sonriendo de un modo picaresco, atraviesa los salones desiertos y silenciosos de la suntuosa mansión de la princesa Sofia.

Después de recorrer así lujosamente gabinetes y deslumbrantes galerías, llega ante una puerta dorada que se halla entreabierta.

Aquella puerta dá paso al camarín-tocador de la princesa.

—¿Qué vá á hacer allí el curioso niño?

—¿Qué es él en aquel recinto?

Si se lo preguntais á la servidumbre del palacio, os dirá:

—Es el secretario.

Si se lo preguntáseis á ella, á la dueña y señora de la casa, os contestaría exhalando un lánguido suspiro:

—Es un lindo muchacho que...

El resto lo leeriais en su mirada de muger napolitana.

Si interrogárais á Dandolo, él os diría:

—Ella es la dueña de mi alma!

El jovenzuelo, sin titubear, empuja con suavidad la resplandeciente puerta, y se introduce dentro del voluptuoso recinto.

Todavía, y como último resguardo, se le ofrece al paso un largo y amplio cortinaje de gasa azulada.

Lo descorre sobre su varillaje de plata y cruzándose de brazos se queda observando con éxtasis el delicioso cuadro que tiene ante sus ojos.

La Cámara en que se encuentra es de figura octógona, vestida de tapices de Turquía, sembrada de otomanas, cubierta de alfombras y de pieles.

Todo es allí muelle, lánguido, tentador.

Al frente deslumbra con su argentado lampo una soberbia luna de Venecia, donde se retrata con admirable limpidez y por completo, la habitacion y sus primores.

Delante de este espejo, mal cubierto por blancos encajes y bordados, y debajo del flotante dosel de seda que adorna aquel mueble, está una muger, aproximando alternativamente á sus cabellos una flor y una perla.

La muger es Sofia, la gala de Sicilia.

Alta, vigorosa, de marmóreas y tersas espaldas, donde ruedan y se mezclan al mas leve movimiento de la hermosa, un monton hechicero de negros rizos, teniendo dos ojos africanos, mano de reina, y pié de maga... aquella muger, sola y

en aquella situación, *hacia daño á fuerza de ser tan bella!*

Sofía hace algunos instantes que ha visto aparecer en el cristal en que se mira, la imágen de Dandolo; pero no ha querido hacer la menor demostracion que manifestara haberlo notado.

Unicamente su blanco pecho se ha levantado con un número mayor de pulsaciones.

—Sofía! dijo él al fin.

—¿Qué quiere el *secretario*? le preguntó ella, y una sonrisa mujeril de esas capaces de perder á un eremita, serpeó por la húmeda boca de la encantadora cortesana, acompañando al timbre puro y argentino de su voz.

Dandolo, trémulo, sobreescitado, se dejó caer sobre un mueble cercano y le dijo, afectando calma:

—¿Se está adornando mi bella señora?

—Sí, niño; y te confieso, querido Dandolo, que hay ya un largo rato que vacilo entre este jazmin de España y esta hermosa piedra de Golconda; el jazmin es fresco y embriaga; el diamante es puro y deslumbra: si elijo la flor, le falta el resplandor; si elijo la piedra, le falta el perfume... ¿qué hacer?... sé tú, el que decida; dime, cuál de los dos adornaría mejor mi cabellera...

—Los dos.

—¿Cómo!

—Sí: el diamante á la derecha; la flor á la izquierda; así el que tenga la dicha de llevarte entre sus brazos, en medio de los acordes de la orquesta, en el baile á que vas esta noche, cegaré deslumbrado, ó se embriagará feliz, según el lado de tu cabeza en que pose su mirada ó en que aspire el ambiente junto á tí. Oh! y cómo le detesto ya! y con cuánto placer sepultaría en su pecho enardecido, por la danza, si pudiera, mi puñal milanés!

Una sonrisa amarga como una esperanza perdida, terminó la amenaza del audaz niño.

—¡Cállate, veneciano!... recuerda que estás en Nápoles, y aquí faltan los cana-

les silenciosos y mudos y los complacientes bravos... Además; no sé con qué derecho el señor secretario se permite...

Dandolo frunció el entrecejo y se puso rojo como la grana.

Sofía le contempló un instante y soltó una carcajada provocativa.

—Haces mal en jugar así con mi idólatra amor, Sofía; tú me arrancaste de esa Venecia que acabas de nombrar en una hora de vértigo y orgía que no quiero recordar; te pertenezco en cuerpo y alma; soy tu criado, tu amigo de confianza, tu perro; lo soy todo y nada; pero, yo te amo!... y... ¡no olvides nunca que nací cerca del *Puente de los Suspiros!*

La princesa, aparentando no comprender ni fijarse en lo que oía, exclamó de repente, dirigiéndose á él con tono añorado.

—Abandona ese ceño, Dandolo; ven, aproxímate; soy una locuela; no hagas caso; mira, hay ya dos horas que me puse al tocador para engalanarme, y ya ves, estoy esta vez torpe como nunca... Ayúdame tú, aconséjame: quiero vencer esta noche á todas las mugeres, tengo un proyecto ¿lo sabes? no: pues se me ha antojado rendir á mis piés al jóven embajador de Grecia, ¡si tú vieras cuán jóven y cuán hermoso es! Tiene unos ojos como Apolo!

—¡Por la Santa Madona! exclamó Dandolo retrocediendo algunos pasos.

La princesa riéndose le atrajo á sí con su pequeña mano nacarada.

—Vamos, le dijo; dirige tú mi tocado de esta noche... lo quiero.

—Y tus doncellas? preguntó el airado adolescente.

—Les he dado permiso para que vayan á pasear en góndola por la bahía; estamos solos.

Dandolo bajó la cabeza en silencio.

—¡Lo mandó! añadió ella y su pié aprisionado en un chapin de raso y plata golpeó impaciente la muelle alfombra.

—Quieres, dijo con melancólico acento el jóven, que yo señale y escoja tus

adornos, trabajo difícil es, sí; no me mires irritada; voy á revelarte por qué. Es difícil porque tú tienes las gracias todas desde la cuna, y quien tal tesoro luce, si mas busca ¡por San Marcos! no se vé.

—No me convenzol adórnamel!

—Pues bien; me resigno á tu voluntad, Sofía, añadió él animado el rostro con el brillo de la resolucion; seré tu camarera esta vez, pues que lo quieres; y ya que mis excusas han sido tan inútiles para tí, obedeceré cumpliendo tu deseo: ¡ay del mío! ¡guárdate, princesa!

—Oh! sí, sí! así te quiero! no humilde y prosternado! ¡Cuánto vales así, mi veneciano! ¡tu mirada exige; tu acento subyugal! tu boca pide. ¿qué quieres, hijo del Lido?...

Dandolo se dirigió á una pequeña mesa de laca y cogió de ella una luminosa sarta de gruesas perlas.

Luego se acercó á su señora.

—Este collar... á tu garganta; pero... ¡le he de poner yo!

Sofía inclinó su blonda cabeza y sus rizos desordenados rozaron las mejillas del singular secretario.

Después tomó este de un jarron de Sevres un ramo de mosquetas...

—Estas flores en tu sien!

Y se las puso con mano que temblaba.

Notólo la dama y le dijo:

—¿Estás molesto? déjalo y descansa.

—Ya no: sigamos!

—Sigamos!

—Ahora el vestido blanco, prosiguió Dandolo, tomándolo de una gran bandeja que estaba colocada en un ángulo.

Púsosele la princesa y él se lo ajustó.

—Ahora lo que falta es el calzado de baile; aquí está.

Sofía se echó sobre un sofá y le alargó su pié de niña, arrojando lejos de sí con gesto hechicero su argentado chapin, diciéndole al mismo tiempo:

—¡De rodillas, señor secretario!

El feliz niño cayó en tierra casi desvanecido...

Concluida su obra, miró á Sofía; pero no se levantó!

La princesa, desnudo el cuello y sus turgentes hombros por lo complaciente de su traje, vestida de blanco y ostentando una corona de flores y diamantes, blancos tambien, estaba irresistible!

—¿Qué aguardas, Dandolo?... le preguntó dejando ver en sus rojos y húmedos lábios una sonrisa de querube.

—¿Qué aguardo? ¡espero, mi dulce señora, mi hermosa reina, que me deis, antes que el griego os vea, el diploma de *Ministro Presidente del Tocador*.... y....

La princesa, sonriendo siempre, tomó de encima de un velador una pequeña y áurea llave, y se la entregó al jóven diciéndole:

—Concedido: y para que cumplais bien con vuestro cargo, tomad; esta es la llave de aquella puerta; tras ella están mis joyas y mis esencias: á mi vuelta del baile podreis venir á entregaros de ese depósito... Regresaré á las tres!

—Y....?

—Decid á mi servidumbre que se retire á las diez!

(Se continuará.)

LEJOS DE TÍ.

HABANERA. (1)

Cuando del sueño
tú despertares
porque los mares
sientas rugir,

Es que del viento
entre los giros
van mis suspiros
volando á tí.

Negra la noche,
triste la luna,
de mi fortuna
miro al rigor.

Ven y no tardes
que yo te quiero,
y ya te espero
muerto de amor.

(1) La música pertenece al maestro compositor don Pablo Perlado.

Ves esas nubes
encapotadas
que amontonadas
á verte van?

Entre los pliegues
¡ay! de su manto
mi pobre llanto
te dejarán.

—
Siempre á la aurora
cuando despierto,
llora desierto
mi corazón.

—
Que entre sus ayes
dice afligido:
¡Por qué te has ido
si te amo yo!

—
Cuando las auras
de Andalucía
la frente mía
besan tal vez,

Yo les pregunto
por si te hallaron,
si te besaron
á ti también.

—
Si llegan tristes
hasta esos mares
¡ay! los cantares
que exhalo aquí,

—
Ese es mi pecho
que va cautivo
porque no vivo
lejos de ti.

(A. Alcalde Valladares.)

JUEGOS.

(I)

La existencia humana no es otra cosa que una larga serie de juegos.

Las personas graves negarán este asertop; ero á fé que no tienen ni chispa de razon para hacerlo.

Cuando niños jugamos con los aros, con el trompo, con el caballo de madera, con los soldados de plomo, con todos los objetos que caen en nuestras manos. Juegos inocentes que si alguna consecuencia tienen no es otra que algun rasguño en nuestros miembros ó algun chichon en nuestra mollera.

Cuando jóvenes jugamos imprudentemente con el amor, y este juego es ya bastante mas serio que los anteriores,

por interesarse el corazon en él. Empieza por *pasatiempo*, segun el lenguaje de los amantes, y concluye por tener absoluto dominio sobre nuestra voluntad. Y tras una larga serie de peripecias, algunas de las cuales no sabemos esplicarnos, generalmente acabamos por abdicar nuestra autonomia individual nada menos que en la vicaría.

Cuando hombres de *peso* jugamos con las matemáticas á las mil maravillas, y en este juego, como fácilmente se comprenderá, se interesa la cabeza mas que el corazon. Lo *ideal* cede su puesto á lo *positivo*; el *cálculo* se sobrepone á todo; la *poesía* se humilla ante la prosa; la realidad, á pesar de ser tan abrumadora, se nos presenta rodeada de avasallador prestigio. Todo se nos vuelve hacer combinaciones, mejor dicho, graves estudios que nos den por resultado hallar la *pie-dra filosofal*. Este juego, que se reduce á tender lazos á la fortuna, es sumamente arriesgado, pues concluye muchas veces por dar con nosotros en una casa de orates.

Cuando ancianos jugamos con los recuerdos; juego triste, apenador y mortificante, pero el único que nos permiten ya la esperiencia y los desengaños. Volver á contemplar con los ojos de la memoria, permítasenos decirlo así, el campo de nuestro pasado; volver á hojear uno y otro dia las páginas de nuestra historia, cuya última hoja, que aun se halla en blanco, se la reserva la muerte para escribir en ella nuestro epitafio; tornar en alas de la imaginacion á recorrer el calvario de nuestras desgracias ó la florida senda de nuestras pasadas venturas; llorar allí, reir aquí, y mirar ese inmenso panorama á los pálidos reflejos que despide, próximo á su ocaso, el sol de nuestra existencia, solos, sin otro consuelo que el que nos presta constantemente esa musa benéfica que la religion designa con el nombre de Fé... todo eso constituye el último juego del hombre en ese periodo de la vida humana en que el es-

píritu pugna por romper los lazos que le sujetan á la materia para tornar triunfante á su patria inmortal.

Pero no se circunscriben á estos los juegos á que se dedica el hombre.

Llega para él una época en que hastiado de la monótona tranquilidad del hogar doméstico y ambicionando una vida llena de emociones, lánzase á jugar á los partidos; juego peligroso que, como el de la lotería, dá generalmente chascos y desengaños mayúsculos.

Si está dotado de alguna regular dosis de atrevimiento, suele con frecuencia codiciar la fruta del *cercado ageno*; pero como para jugar á la seducción se requiere grande habilidad y una discrecion á toda prueba, sucede, si no está adornado con estas cualidades, que á las primeras de cambio se encuentra con la punta del florete de un rival ó con un soberbio puntapié de algun vigilante marido.

La ambicion, cuyas tentadoras sugerencias dominan casi siempre aun á los mas enérgicos caracteres, le arrastra á jugar al alza ó á la baja, con el noble fin por supuesto de buscarse un pedazo de pan; mas por desgracia se coloca en su camino alguno de los llamadores *reyes de la banca*, y no solo no *improvisa* la fortuna con que soñaba, sino que pierde gran parte del capital que arriesgó en la jugada.

Otras veces, si pertenece á la familia de los *despreocupados*, se entretiene por pura diversion en jugar con la honra agena ó con la suya propia; pero como aquella puede muy bien incluirse en el catálogo de los *artículos frágiles*, á lo mejor se rompe ó se mancha, sacando el hombre por lo tanto de este diabólico juego abrumadora afrenta ó insoportable ridículo.

La amistad es otro de los juegos mas generalizados. Ningun hombre ha dejado de entretenerse con él. ¿Quién no ha tenido un amigo? Este juego, cuando es desinteresado, es fecundo manantial de satisfacciones; pero cuando el hombre se dedica á él con el único fin de *esplotarlo* en

provecho propio por todos los medios imaginables, brinda á la parte *esplotada* grandes amarguras, porque nada mortifica á las almas generosas tanto como la ingratitud.

Se juega con la moral pública como pudiera jugarse con el objeto mas despreciable; pero el hombre que á tal juego se dedica resulta siempre, en castigo de haberse rebelado contra las buenas costumbres, con la frente manchada con el cieno del descrédito.

Hay multitud de juegos calificados de *cultos*, entre los cuales descuella el de naipes. Prescindiendo del adjetivo, que nos parece sangrientamente irónico, el juego de naipes está generalmente considerado como un *inocente pasatiempo*. Y tan inocente, que desde el *burro* hasta el *monte*, toda la inmensa nomenclatura de juegos, constituye ni mas ni menos la escala por donde muchos van á precipitarse en el oscuro abismo de la miseria ó el camino que otros recorren hasta darse en las narices con la puerta del presidio...

Después de lo dicho no sabemos si las *personas graves* se atreverán á negar que la vida del hombre es una no interrumpida serie de juegos, inofensivos los menos, peligrosos é ilícitos los mas.

Es innegable, pues, que todos pasamos la vida jugando, unos con mas ó menos entusiasmo, pero todos con el objeto de proporcionarnos distraccion durante nuestra peregrinacion sobre la tierra, y eso que tan breve es ésta

M. J. Ruiz.

III

¡EN TODAS PARTES!

Á MI RESPETABLE AMIGO

EL SEÑOR DON JUAN JOSÉ AGUADO.

I.

En el roncador fragor de la tormenta;
 En el ténue suspiro de la brisa;
 En el salvaje rebramar del viento
 Que troncha las encinas;

Entre los mil rumores de la selva;
 En el rugido de la mar bravía;
 Entre el blando suavísimo murmurio
 De fuente cristalina;
 En el bramar de hirviente catarata
 Que rota en hilos mil se precipita;
 Entre el concierto de las ledas aves
 Al despertar el día;
 En los quejidos que la tierra exhala
 Por misteriosa fuerza sacudida,
 Armonioso y suavísimo en mi oído
 De Dios el nombre vibra!

II.

Entre las leves nubes de la Aurora
 Que el Sol, por gala, de escarlata pinta;
 En el manto estrellado que en la noche
 El cielo se cobija;
 Sobre la verde alfombra de los campos
 Que Abril con flores por do quier salpica;
 Entre los rayos que la blanca lina
 Al universo envía;
 Entre el fuego voraz que los volcanes
 De sus entrañas en tropel vomitan;
 En los colores mágicos que el iris
 Sobre las nubes pinta;
 En las flores que bordan la pradera;
 En los reflejos del fanal del día;
 En la luz del relámpago, que breve
 En el espacio brilla;
 En las olas hirvientes de los mares;
 De las montañas en la calva cima;
 En el cristal limpiísimo del lago
 Que el aura apenas riza;
 En los copos levisimos de nieve
 Que el cierzo forja en la region vacía;
 En la flexible caña que sustenta
 La tembladora espiga;
 En los átomos mil que en el espacio,
 Cual otros mundos, sin cesar se agitan;
 En los vapores que al morir la tarde
 Envuelven la colina;
 Sobre el grano de arena del desierto;
 En las hojas que el céfiro acaricia...
 En todas partes, sin cesar, mis ojos
 De Dios el nombre miran!

III

¡Despertad á la fé, pobres ateos!
 ¡Oid la voz de la conciencia misma!
 ¡Cuanto el mundo en sus ámbitos abarca
 La existencia de Dios canta y publica!
 Esperar y creer: tal es la ciencia
 Que hácia el bien y la luz al hombre guía:
 En las obras de Dios es do se aprende,
 Y esas obras ¡HAY Dios! siempre nos gritan.

M. J. Ruiz.

LOS PRETESTOS.

Los pretestos son la hipocresía del interés, del sentimiento, de la necesidad, de la opinión.

En amor son algunas veces encantadores los pretestos; cuando se trata del dinero, suelen ser innobles; en política hay ocasiones en que son terribles.

Las mujeres tienen siempre pretestos que por lo regular no suelen ser otra cosa que caprichos calculados. Un baño es casi siempre un pretesto para las mujeres bonitas que salen por la mañana.

La religion es frecuentemente el pretesto de la devoción.

La economía, de ordinario, es el pretesto de la avaricia.

La guerra es muchas veces un pretesto provisto de metralla.

El amor sirve á menudo de pretesto á la galantería.

La legalidad misma puede servir de pretesto á la iniquidad.

La diplomacia es el grande arte de esplotar con talento los pretestos de la política.

En el fondo de casi todas las conquistas hay un pretesto.

En las revoluciones de los pueblos hay siempre una causa legítima, un principio, una idea; pero la mayor parte de las revoluciones suelen estribar en un pretesto únicamente.

Bajo pretesto de defender á sus clientes, disfaman los abogados á sus adversarios.

Bajo el pretesto de que nada cuestan, hay mujeres que arruinan.

Bajo pretesto de favorecernos hay amigos que nos deshonoran.

En casos determinados se convierte una mujer en pretesto de egoísmo de su marido. Cuando ha respondido un marido á un amigo: «Es mi mujer la que tiene la llave del dinero!» dejará morir aquel amigo de hambre por faltarle un real de plata.

— Cuando no se tiene derecho á una distinción, á un empleo, á una plaza, se puede llegar á obtenerlo con un pretexto.

La cosa mas bella del mundo puede servir de pretexto á las acciones mas infames, chocarreras ó ridículas.

POESÍA ALEMANA.

LA LUNA.

(Traducción de Klopstock.)

Salve, salve, oh tú, luna argentina
De la noche risueña compañera,
No te ocultes, amiga, á quien inclina
Sus ojos hácia ti, á quien triste espera.
¡Oh! Miradla cual fúlgida declina
De las nubes huyendo la barrera...
Oh! Bellas cual el grato albor de estío
Las flores son que despertó el rocío...

Jóvenes que en el césped vuestras huellas
Dejais tras vuestro paso ¡cuán dichoso
Y feliz era yo, cuando en aquellas
Las juveniles horas de reposo
Lanzar veia al sol esas sus bellas
Llamas desde su cénit fulgoroso,
Y descorrerse en misterioso encanto
De la noche el vagabundo manto!...

J. Fernandez Matheu.

EL REY Y EL TAMBOR.

APÓLOGO INDIO.

Un rey dijo un día:

—Quiero fabricar un tambor tan grande, que pueda oirse cuando sea batido por mis soldados en todo mi reino.

—Señor, dijeron sus ministros; nosotros no podemos fabricarlo.

Mas hé aquí que llega un general llamado *Kandou*, muy afecto al soberano, pero mas afecto aún á socorrer las desventuras del pueblo.

Habla al rey, y le dice:

—El mas humilde de vuestros súbditos, *Kandou*, hará el gran tambor que deseais, señor; pero costará sumas inmensas.

—¿Qué importa? contestó el rey; mis tesoros son tuyos.

Kandou hizo llevar á las puertas de palacio todas las riquezas del rey, y esparció por todo el reino esta proclama:

«El rey, igual en bondad á los dioses, quiere igualarlos en beneficios. Desea mostrar una vez mas el afecto que le inspiran sus súbditos. Que todos los pobres é indigentes acudan á las puertas de palacio.»

Muy pronto se extendió la nueva, y muy pronto tambien acudieron en tropel inmenso los pobres de todos los rincones de aquellas vastísimas tierras, y hasta de los mas apartados pueblecillos.

Con su saco, aún vacío, á la espalda, osteniéndose los unos á los otros en sus marcha, llenaban con su animada muchedumbre los dilatados caminos del reino.

Pasó un año y el rey preguntó:

—¿Está acabado ese tambor ó nó?

—Ya está hecho, señor; respondió *Kandou*.

—¿Pues cómo no escucha mi oido su estrépito? repuso el rey.

—Señor, replicó *Kandou*; dignaos venir á visitar el interior de vuestro reino, y oireis el gran tambor de la ley del *Bouddha*, cuyos ecos resuenan en las diez partes del mundo.

Sube el rey á su carro, visita sus dominios, y por todas partes vé su pueblo marchando en apretadas filas.

—¿De dónde, á qué viene esa prodigiosa muchedumbre? pregunta el rey á *Kandou*.

Respondió éste:

—Señor, el año pasado dísteis orden para que se construyese un tambor gigantesco, cuyo son se pudiera extender por todo vuestro reino, fama de vuestras virtudes. Un pedazo de madera seca, un trozo de piel, pensé entonces, mal podrán propagar tan lejos el justo elogio de tan grandes beneficios.

Los tesoros que he recibido de V. M. los he distribuido, transformándolos en

viveres y telas entre los brahmanes, á fin de que puedan socorrer la miseria de los desgraciados que existan en vuestros reinos. Un llamamiento general les hace acudir, como veis, á la fuente de vuestros beneficios, como niños hambrientos que corren al encuentro de una madre cariñosa.

MISCELANEA.

Sabemos que nuestro querido amigo y colaborador el conocido poeta don Antonio Alcalde Valladares, trata de coleccionar sus lindisimas poesías, considerablemente aumentadas durante los años que últimamente ha permanecido en Madrid, y darlas á la estampa. Conocedores nosotros del mérito literario de las composiciones del señor Alcalde Valladares, no vacilamos en asegurar á éste que su nuevo libro será perfectamente acogido por los amigos de las musas.

*

* *

Las odaliscas y el polvo—á cierto anticuario chocan.—Esto arranca carcajadas—á quien el por qué conozca.

*

* *

El Ayuntamiento de esta capital ha tomado algunos acuerdos para atender al socorro de los menesterosos, que no son pocos en los calamitosos dias que atravesamos.

*

* *

Enviamos á nuestro querido amigo y colaborador don Joaquin Barasona y Candan el mas sentido pésame por las sensibles pérdidas que acaba de experimentar en su apreciable familia.

*

* *

—¿Qué tienes, vida mia? ¡De tus ojos despréndese una lágrima!

—¿Tienes celos, dolor? ¡Perdida lloras acaso la esperanza?

—¿Qué puedo hacer para aliviar tu pena?

—Dilo, alma de mi alma.

—¡Ay! ¡Yo quisiera un gorro como el gorro que ayer le ví á Fulana!

*

* *

Hemos recibido el prospecto de *La Chispa*, periódico literario que se va á publicar en Zaragoza. Deseamos que los *chispazos* del futuro colega no se apaguen en la nieve de la indiferencia del público.

Un sábio *barbiponiente*.

que con otros sabios lidia,
demuestra tener envidia
de que á Grilo aplausos den.

Y ENJABETANDO antiguallas,
rechoncho, cual me lo pinto,
del Barón Fuente de Quinto
habla con sorna ó desden.

Quizás la mano ese sábio
al Barón y á Grilo tienda...
¡Esto hace al fin que se aprenda
con quien se puede tratar!

Tal proceder, lo confieso,
no tiene nada de absurdo:
siendo de Ovejo el palurdo
cocos habia de dar.

*

* *

En *Los caballeros de la tortuga* despiertan una docena de *durmientes* al oír sonar por el suelo un talegon de pesos duros. ¡Vaya una invención! Con sonar una peseta sobre la mesa de la redacción, hago yo despertar á los *siete durmientes*, que hace mas de diez y ocho siglos que cerraron los ojos.

*

* *

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

MARGARITA.

CHARADA.

Prima y segunda, apellido;
segunda y tercera, tela,
y en los templos es precisa
primera, segunda y terciá.

Para refrescar el cuerpo
sirve la cuarta á cualquiera,
y su destino no es otro
que fecundizar la tierra.

La existencia de los pueblos
mi todo, al lejos, revela...

Lector, si no lo adivinas
grande será tu torpeza.

Bertoldo.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de El Guadalquivir, Pescadores 17.